



## "En Chile Falta un Teatro de Reflexión"

"En Chile estamos atrasados en teatro en una década con respecto a la dramaturgia internacional, lo que ha producido una contra-cultura, que es un fenómeno no medible en este instante. Hay una cultura que está surgiendo por mecanismos distintos, sin estímulo, sin apoyo y con sus propias orientaciones. Vivimos un proceso de crisis que genera, como consecuencia, una crisis dentro del teatro. Pero es en las crisis, individuales o colectivas, cuando el hombre más necesita de lo imaginario. En muchas oportunidades, en que la historia ha vivido en crisis se ha logrado el desarrollo de grandes procesos culturales. Entonces, tenemos que pensar con optimismo que acá el hombre está también enfrentado a su propio desarrollo espiritual. Frente a las crisis, el hombre vive más fuerte dentro de su intimidad".

Edmundo Villarroel da su opinión sobre el estado actual del teatro chileno sin ánimo de polemizar. Solamente justificando la elección de la obra "Fando y Lys", del español Fernando Arrabal, con la que se dirigirá a Cámara Negra. "Es muy importante que los hombres de teatro tomemos una responsabilidad histórica. Y eso significa que no podemos pensar en función del pasado, sino empezar a pensar en función del presente. Pero este presente, con un absoluto sentido del futuro. Tenemos que hacer teatro para el hombre del futuro. Y para ello, debemos revisar nuestro lenguaje y volver a plantearnos, como gran meta, los valores espirituales. Esta obra es un testimonio de lo que ha pasado en este siglo en la cultura y en la sociedad".

"En este momento, tenemos que pensar más en el público que no está yendo al teatro que en el que todavía asiste a él. Tomar las experiencias del siglo XX y, a través del teatro, servir no sólo a un concepto vacío de entretenimiento. Esta también puede lograrse a través de la meditación en lo profundo. Creo que, precisamente, Chile es un país que no se puede dar el lujo de dejar de pensar en su gente pensante. En la medida en que nosotros hacemos concesiones y pluralizamos el espectáculo, sin atender a la espiritualidad de los espectadores, vamos a seguir perdiendo público. Nosotros queremos reconquistarlo, ofreciéndole un teatro pensante y no comercial".

"En 1972, solamente las tres compañías universitarias —la de la Chile, la Católica y el Teknon— tenían 60 mil espectadores al mes. Yo di 'El degenerés', en el Teatro Varas, durante nueve meses con funciones agotadas. La oferta de obras teatrales es similar a la de entonces, pero la respuesta a esa oferta era muy diferente".

"Ello no significa que otras compañías puedan tomar otra dirección y servir de entretenimiento por la entretenición. Pero creo que esa actitud no coincide con la necesidad que realmente tiene nuestro país. Creo que, dentro de este gran esquema, falta un teatro de reflexión. Con el Teatro Cámara Negra podríamos haber buscado un título llamativo, atractivo, movedor de masas. Pero seríamos responsables. Ahora sabemos de antemano que no estamos organizándonos para la empresa comercial. Estamos sembrando hacia el fu-

turo con una gran tranquilidad y, así, tendremos la conciencia tranquila de haber cumplido con lo que creíamos debía hacerse. Nuestra obligación es enfrentar la realidad, aunque sea amarga, cruel o dura. No podemos seguir viviendo en un mundo de Mary Poppins, de la comedia agradable, de lo intrascendente, lo frívolo. La primera solución es enfrentar la verdad".

—¿Esta no es una tarea en la que deberían estar empeñados, principalmente, las compañías de teatro universitarias?

"Obviamente, ellas son responsables. Más que una obligación, éste es un deber moral. Yo tengo un profundo respeto por todas las compañías teatrales, aunque discrepe con muchas del lenguaje teatral que emplean. Pero todas son necesarias, porque hay distintos tipos de espectadores y cada uno necesita una respuesta a sus necesidades. En este instante, la crítica fundamental se debe orientar hacia las universidades porque ellas no sólo son formadoras de profesionales, sino que deberían ser generadoras de la cultura del país. Me patético que el teatro de la U, que, tiempo atrás tuvo cuatro compañías itinerantes, haya hecho un solo estreno en el año —y un reestreno discutible, más encima— y que, ni siquiera, tenga sala. Es patético que las universidades se limiten a hacer teatro de repertorio, como si fueran una compañía más y no un instrumento de desarrollo en el país".

"Esto nos obliga a replantearnos la tradición a la cultura que se comete constantemente. Nosotros nos afanamos mucho de ser un país culto. Yo no entiendo por qué no hemos traído a Jodorowsky, un hombre de gran influencia en el teatro mundial; por qué hemos permitido la fuga de nuestros talentos en el arte; por qué Jorge Díaz tiene que irse a España para hacer teatro; por qué Skarmeta puede hacer buen cine en Alemania. Mi experiencia es similar: yo tuve mucho más estímulo, mucho más desarrollo y muchas más posibilidades fuera que dentro de mi país".

"Hay algo destructor en el hombre chileno. La mejor imagen del arte es la que recibimos a través de Violeta Parra, cantando 'Gracias a la Vida' en carpas vacías en La Reina. En cambio, hoy es homenajead de pie en todo el mundo. El gran símbolo del arte chileno es el hombre de arte sigue diciendo 'gracias a la vida'. Pero, mientras menos apoyo tenga y mientras más esté todo en su contra, más va a producir".

—¿A qué se debe esta marginación del teatro contemporáneo internacional?

"En este instante nosotros nos hemos automarginado del proceso cultural universal porque no hemos recibido en nuestros escenarios nada del teatro europeo ni del norteamericano. Creo que eso obedece a nuestra insularidad. Estamos, realmente, reducidos cada vez a un rincón más alejado del mundo. Y lo peligroso de esto es que, en alguna medida, no estamos reflejando en nuestro quehacer las problemáticas del hombre contemporáneo. En este sentido, para mí, Arrabal es la síntesis de un siglo, que refleja lo mejor de la ex-

periencia del hombre contemporáneo y que trata, a través del teatro, de duplicar la realidad, duplicar la existencia".

—Pero esta insularidad se ve especialmente en teatro, porque no estamos tan marginados de lo que se está haciendo hoy en cine, música, literatura y pintura.

"Eso se debe a que el teatro es un hecho colectivo, es síntesis y refleja, en última instancia, el quehacer de una sociedad. Refleja la crisis de ella y funciona en base a la respuesta de un público. El teatro requiere de una gran divulgación de los valores que conforman el espectáculo teatral. Necesita de una agremiación de hombres que piensen lo mismo. Eso es difícil de lograr, pero no imposible. Eso se logró en la época en que hubo una preocupación de la sociedad por la cultura, la que ahora no existe".

—Y ¿qué sucede con los dramaturgos chilenos?

"Ellos logran atraer público en la medida en que sus obras tienen una gran vigencia. Pero tienen espectadores en proporción al teatro actual. Lo importante es que el chileno siempre ha respaldado a la dramaturgia nacional. De ahí, la necesidad que tiene ella de renovarse constantemente. Yo no conocía a Radrigán ni a Jossseau y, a mi vuelta, he visto con satisfacción cómo se produce una dramaturgia de gran peso, en distintas escuelas. Radrigán es un excelente autor naturalista. Jossseau, un excelente autor del absurdo. Hay otro fenómeno que, personalmente, me llama la atención: el teatro callejero. Creo que, en este momento, esto es lo más importante que está sucediendo, que muchachos egresados de la universidad hayan salido a la calle a recoger la tradición medieval. Están retomando un teatro vivo, con fuerza. La dramaturgia y el teatro requieren de una gran preocupación por ellos y, en función de eso, se van a producir grandes resultados. Por ejemplo, a mí me inquieta mucho el atraso en lo técnico. Básicamente, en las técnicas de actuación, de interpretación, nos hemos quedado atrás. Y, frente a esto, se nos presenta el fenómeno de una TV absolutamente alienante y alienada, que plantea el esquema de un mundo feliz".

—Que es lo que plantean los café-concerts...

"Yo tuve la suerte de estrenar el primer café-concert chileno: 'Agamos el amor', que estuvo dos años y tanto en cartelera y se estrenó en 76 países. Esto fue hace 11 o 12 años. Ahí planteamos la incorporación del espacio. La



"Chile no puede darse el lujo de dejar de pensar en su gente pensante".

presencia del público y el desarrollo del lenguaje común, en el cual hasta hablaban los espectadores, pero no eran agredidos".

"Después yo seguí indagando este fenómeno. Volví hace dos años al país y me di cuenta que hay que replantearse el camino en el mismo punto en el cual estaba. Me encontré con la sorpresa de que lo que era café-concert —un género que emergía del teatro— se había transformado en un género que viene de la farándula, sin menoscabar. El café-concert es una indagación espacial, en la que el texto recupera su presencia, dice, hace pensar al espectador a un ritmo acelerado, es pensamiento puro. Ahora, el café-concert se transformó en un mini-sketch, en una revista heredera de la tradición del BBB y no de las tradiciones del teatro".

"Obviamente, se produce un proceso paradójico. El café-concert nace para un objetivo y concluye en su antónimo, en todo lo contrario de lo que era el café-concert. Este surgió en Europa, entre grupos jóvenes, de vanguardia, que no tenían sala y generaban escenarios distintos para plantear un lenguaje no comercial. Hoy por hoy, el café-concert va en función del trago, de una noche de evasión y no tiene su connotación teatral".

Por Rosario Larraín

# La guerra a muerte" de Vicuña Mackenna [artículo] Angel Lira.

**AUTORÍA**

Lira, Angel

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1976

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

La guerra a muerte" de Vicuña Mackenna [artículo] Angel Lira.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile